LA GUERRA

NICOLAS PASHITCH

NUMERO 119

40 CENTIMOS

LA GUERRA ILUSTRADA

DIRECTOR

AUGUSTO RIERA

LA SITUACIÓN

Empieza a saberse algo de lo que produjo la desastrosa retirada del tercer ejército italiano y, como consecuencia, la invasión del Friul y del Véneto.

Las tropas que habían acosado tantas veces a los soldados de Austria, tomando posiciones casi inaccesibles, resistido acometidas furiosas, no era natural que sintieran un desfallecimiento insuperable a la vista de los cascos prusianos.

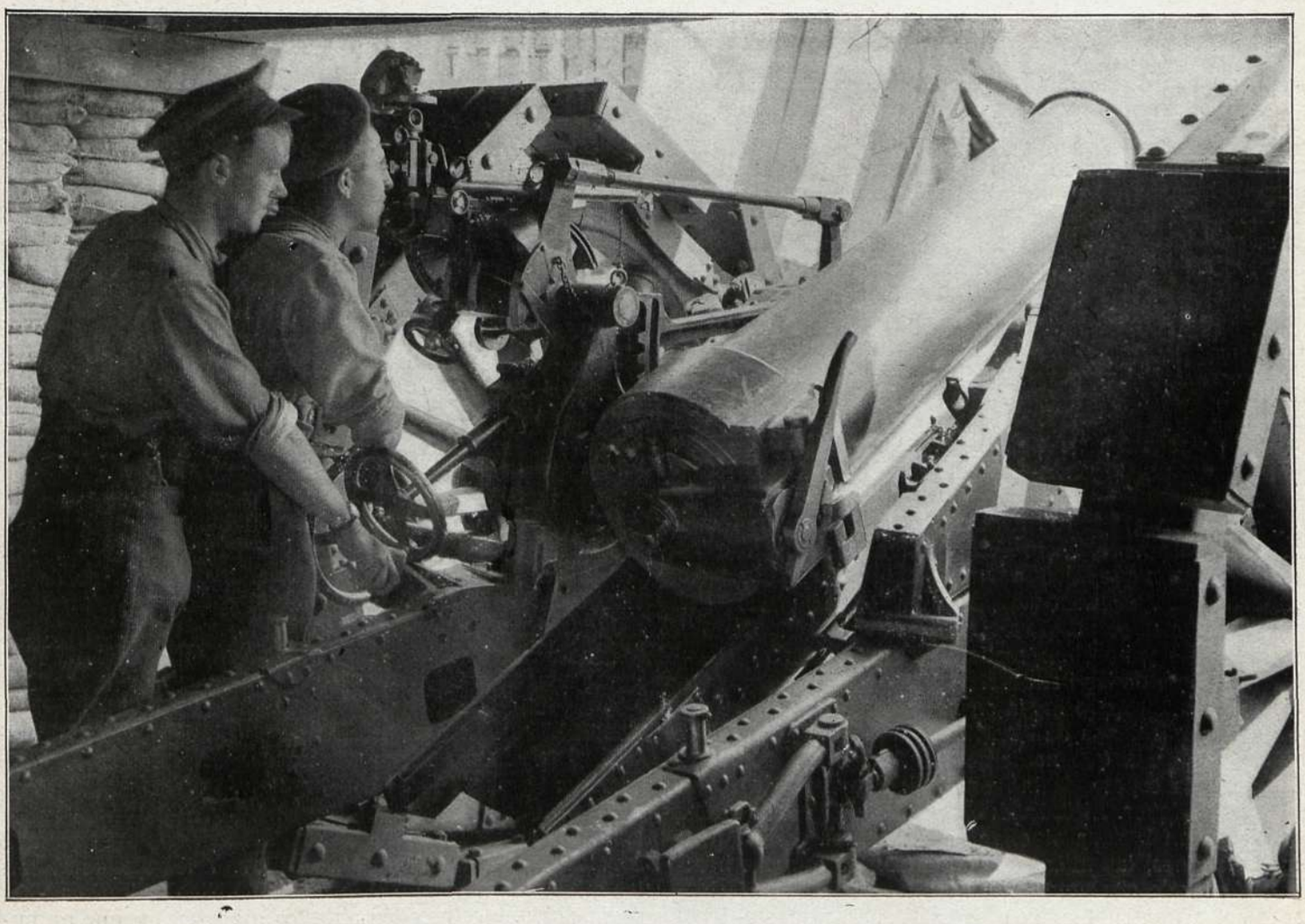
Los alemanes y alemanizantes hicieron circular esta versión que halagaba su amor propio. «Los italianos no esperaron el choque de nuestros soldados; huyeron como liebres apenas les vieron.» Así quedaban en ridículo los descendientes de Roma y enaltecidos los teutones.

Un italiano que conoce perfectamente la zona alpina por donde atacaron los austro-alemanes, dijo desde el primer día de saberse la derrota que para pasar tan fácilmente los invasores era menester que una o varias divisiones hubieran arrojado las armas, abriendo así la brecha por donde se arrojó el enemigo. «Las predicaciones de Ferri y de sus compañeros han dado su fruto natural. Lo que no pudo el hierro lo alcanza el oro. Y el enemigo ha sentado su pie en Italia.»

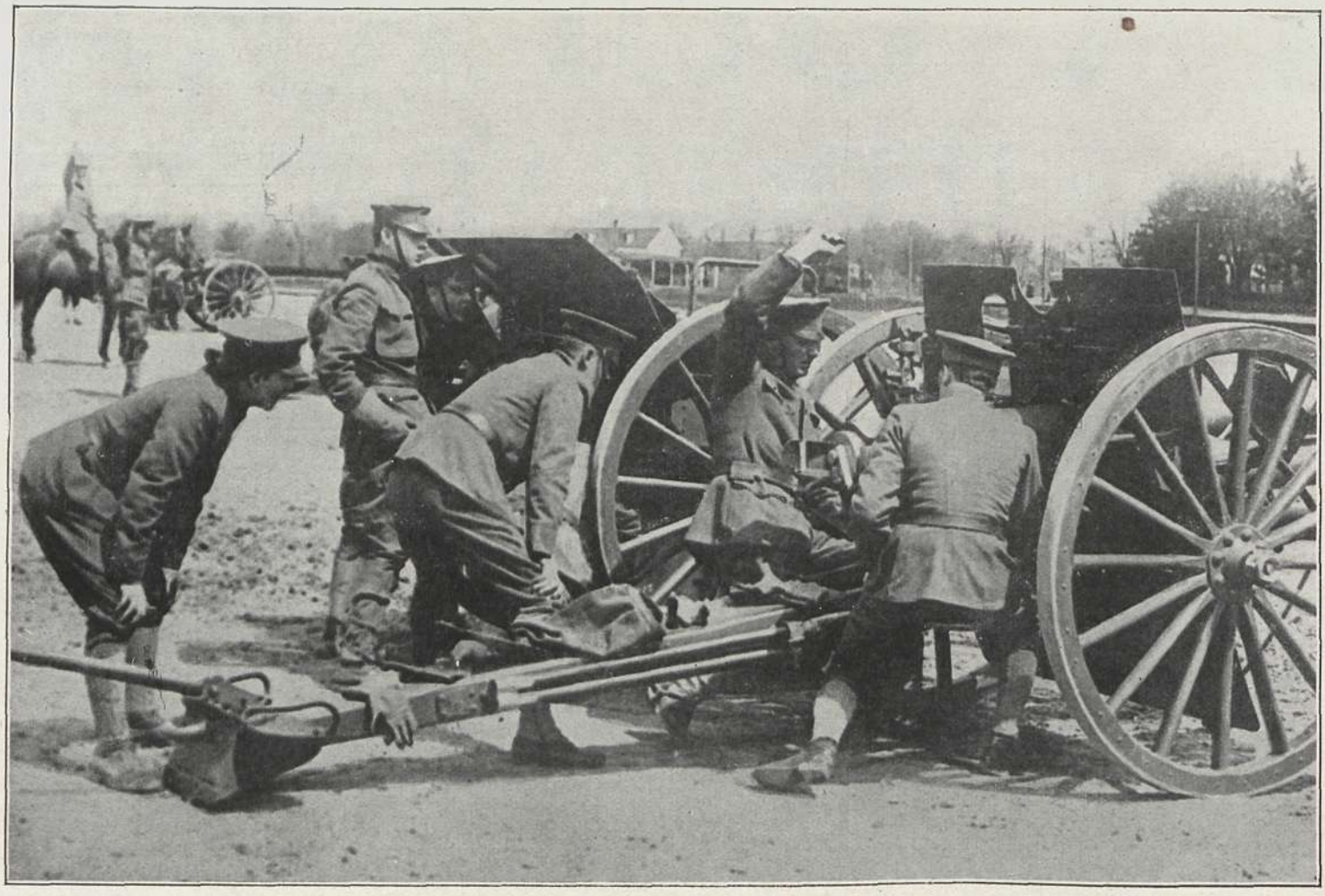
Los hechos dan la razón a ese hombre. La versión alemana era falsa en absoluto. No hubo pánico en las filas italianas; hubo traición a la patria; hubo deseo de terminar la guerra. En un instante de demencia los soldados tiraron las armas y dejaron franco el paso a los enemigos.

Pero para llegar a tal extremo era menester que previamente se hubiese realizado un profundo trabajo de desmoralización; que los soldados estuviesen quejosos de su estado; que imaginaran que, negándose a combatir, hacían un beneficio a Italia entera y a sus hermanos de armas.

¿Cómo pudo realizarse ese trabajo? Según se advierte



Artilleros canadienses manejando un cañón de grueso calibre en un sector del frente occidental
(Fot. Central News)



Soldados de artillería americanos ejercitándose en el manejo de los cañones antes de marchar al frente
(Fot. Central News)

ni los jefes ni los oficiales lo ignoraban; pero no le dieron importancia. Los soldados italianos hablaban con los austriacos y éstos les decían que para terminar una guerra tan tremenda, lo mejor era fraternizar, no oponerse al paso de los que, en suma, sólo anhelaban libertar a Italia de sus malos gobernantes, que ponían al país a dos dedos de su pérdida.

Pero tales insinuaciones no bastaban para conseguir el tremendo resultado obtenido. Los pacifistas y los clericales de Italia favorecieron el trabajo de los alemanizantes y aconsejaron a los soldados que no hicieran caso a sus jefes, que pensaran en sus familias abandonadas y hambrientas, en lo que aun tendrían que padecer antes de morir.

Tal propaganda no hubiese producido ningún efecto de no tener las tropas motivos de queja; de no llover sobre mojado.

No toda la culpa fué de las tropas que se rindieron. Mucha les alcanza a los ministros, a los generales, a cuantos permitieron que mientras unos italianos se batían, otros pasearan sus flamantes uniformes por las ciudades; que en tanto que unos pasaban el invierno en las zonas alpinas, ateridos y no siempre hartos, disfrutaran otros del benigno clima de las llanuras.

Se sabe ahora que había en Italia 150,000 desertores y que nadie se cuidaba de llevarlos a filas; que abundaban los *imboscati* sin que nadie se atreviera a denunciarlos. El dinero, la esposa, la influencia, las hermanas, podían más que el deber. El individuo se salvaba; pero la patria perecía. Y en la zona alpestre peleaban siempre los mismos batallones, las mismas compañías, los mismos hombres. Y cuando el plomo enemigo y las fatigas y enfermedades aclaraban las filas de esos batallones, no las nutrían los «emboscados», los malos patriotas, los hijos de gente adinerada, sino los campesinos, los obreros, los infelices que no tenían influencia ni dinero para conseguir que se les destinara a una zona menos mortífera.

Los que tiraron las armas han pagado ya la deuda que contrajeron. La han pagado con su existencia o con su libertad. Maldicen los que están vivos la funesta obcecación que les llevó a rendirse. Padecen ellos y padece su patria.

Pero los pacifistas y clericales que predicaron la doctrina subversiva, los ministros ineptos, los generales y directores de los servicios que permitieron tamañas injusticias, no han sido castigados ni lo serán probablemente. Y, sin embargo, mayor es su culpa que la de los infelices que, hartos de padecer, se rindieron al halago.

La versión que acabamos de exponer, y que es la verdadera, dista mucho de la alemana. No pueden envanecerse los austro-alemanes de haber vencido en buena lid. Que no vencieron franca y lealmente lo demuestra el hecho de que ha cesado su avance tan pronto como han resistido los italianos.

Preguntaba no hace muchos días un redactor de *El Imparcial* por qué no proseguían su avance los alemanes. La respuesta es: porque no pueden. Les falta ya gente, a pesar de la que han podido retirar del frente ruso. Y la que tienen, los soldados que van a la batalla no son los que invadieron Bélgica y el norte de Francia, los que con Hindenburg rechazaron a los rusos en la Prusia Oriental y les aplastaron en los lagos mazurianos. Los austriacos que luchan ahora son los que por tres veces consecutivas tuvieron que huir ante los rusos; los que fueron vencidos en Servia, en el Carso, en Goritzia; los que volvieron la espalda ante el ejército de Brussilov. Y los alemanes son los mismos que venció el gran duque Nicolás junto a Varsovia, los que retroceden ante los ingleses, los que no pudieron tomar Verdún. ¿Qué mucho que se rindan a la fatiga, que no sean capaces de un esfuerzo continuado?

La realidad es muy distinta de lo que finge la imaginación. Aquella marcha fulminante hasta Génova; aquella paz por separado que los revolucionarios impondrían al gobierno de Roma; la invasión de Francia por Saboya... todo ilusión. Continúa la guerra. No flaquean las naciones de la *Entente*. Y Rusia no ha dicho aún su última palabra.

LA GUERRA SUBMARINA

La defensa

Al emprender los alemanes la guerra submarina ilimitada creyeron que en unos cuantos meses habrían vencido a los ingleses por hambre. Tal esperanza les llevó a desafiar a los Estados Unidos. Y después de diez meses de campaña submarina se encuentran con que Inglaterra continúa resistiendo y no lleva trazas de rendirse, y se han atraído un enemigo tan poderoso como la misma Gran Bretaña. El fracaso de la guerra submarina es evidente. Barcos mercantes de todo el mundo continúan acudiendo a las islas Británicas y no mueren de hambre los insulares ni se paralizan por inanición las industrias de Inglaterra y Escocia.

Al emprender su campaña de destrucción pensaron los alemanes que su producción de submarinos se intensificaría progresivamente y que millares de buques irían a parar al fondo de los mares. No contaron con los submarinos que destruirían sus adversarios ni con los nuevos buques mercantes que botarían al agua. De ese error de cálculo dimanan su ruptura con los Estados Unidos y la profunda decepción que ha producido en Alemania el fiasco de los submarinos. Verdad es que los arsenales alemanes producen todos los días más submarinos; pero también es cierto que los ingleses aguzan su ingenio, inventan nuevos aparatos destructores y destrozan todos los días mayor números de sumergibles.

¿Cómo se las componen para realizar ese destrozo? No dicen los ministros ni los periodistas una palabra de ello; pero algo se sabe, sin embargo, por indiscreciones que es imposible evitar.

Un periódico sueco, *Tidningen*, publica detalles relativos a los aparatos microfónicos empleados por los ingleses para revelar la presencia de los submarinos alemanes.

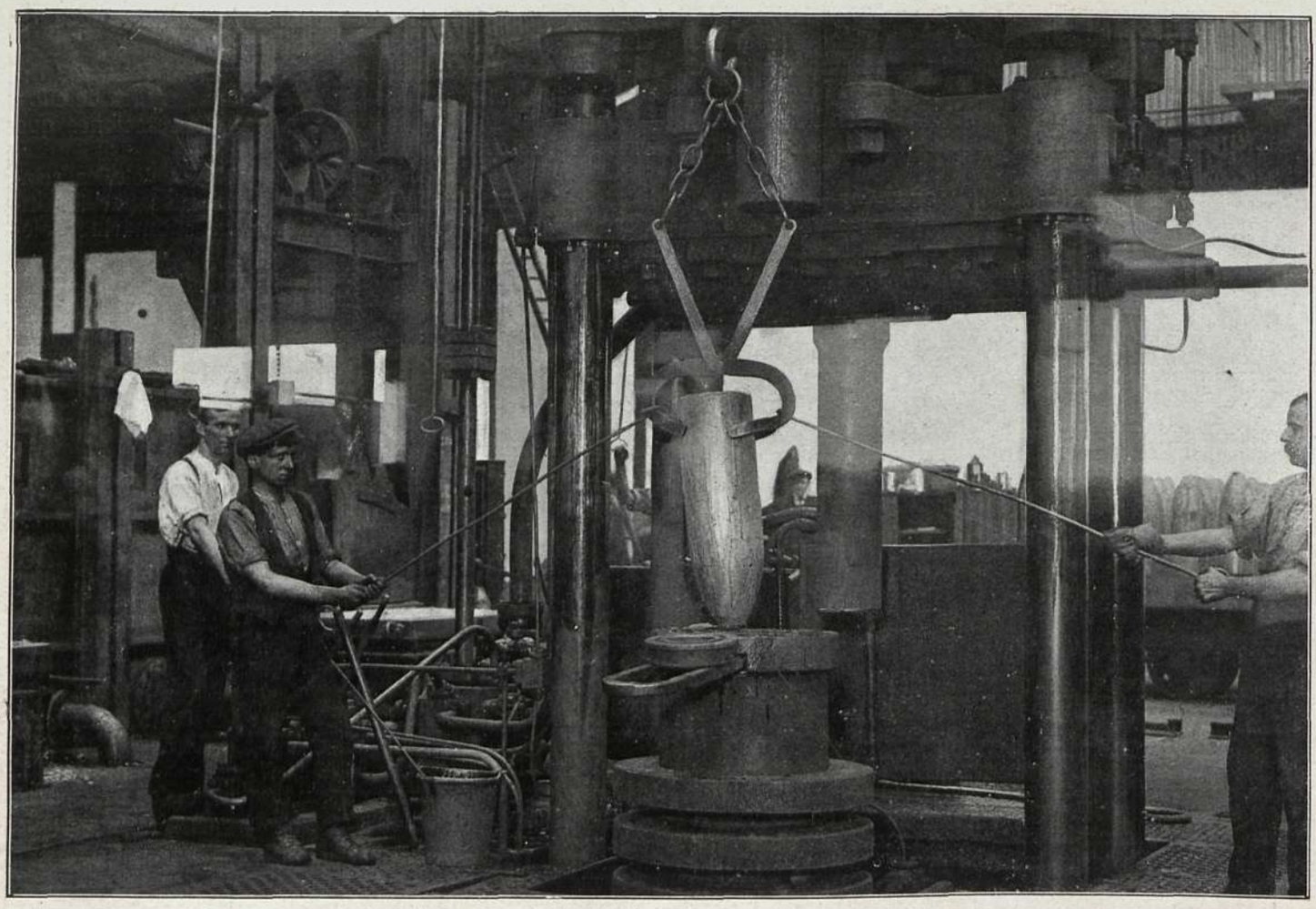
«Antes—dice—los destroyers ingleses no podían enterarse de la proximidad de los submarinos cuando éstos se hallaban bajo la superficie del agua; pero ahora, gracias al uso de los micrófonos, que perciben el ruido de las hélices del submarino, los destroyers saben exactamente el punto en que se encuentra el buque enemigo, y le atacan por medio de bombas, sin que el submarino pueda darse cuenta de dónde provienen los proyectiles.

»Los micrófonos colocados bajo el agua cerca de la quilla de los buques hacen el mismo papel que el de un teléfono. Los britanos han perfeccionado de tal modo el uso de los micrófonos referidos que sus buques pueden dirigirse sin vacilar al punto donde se encuentra el enemigo.

»Posee asimismo la marina inglesa instrumentos para determinar la distancia que les separa de los submarinos. El indicador marca en una escala graduada la distancia, utilizando el ruido de las hélices. Otro instrumento indica si el enemigo está a babor o a estribor.

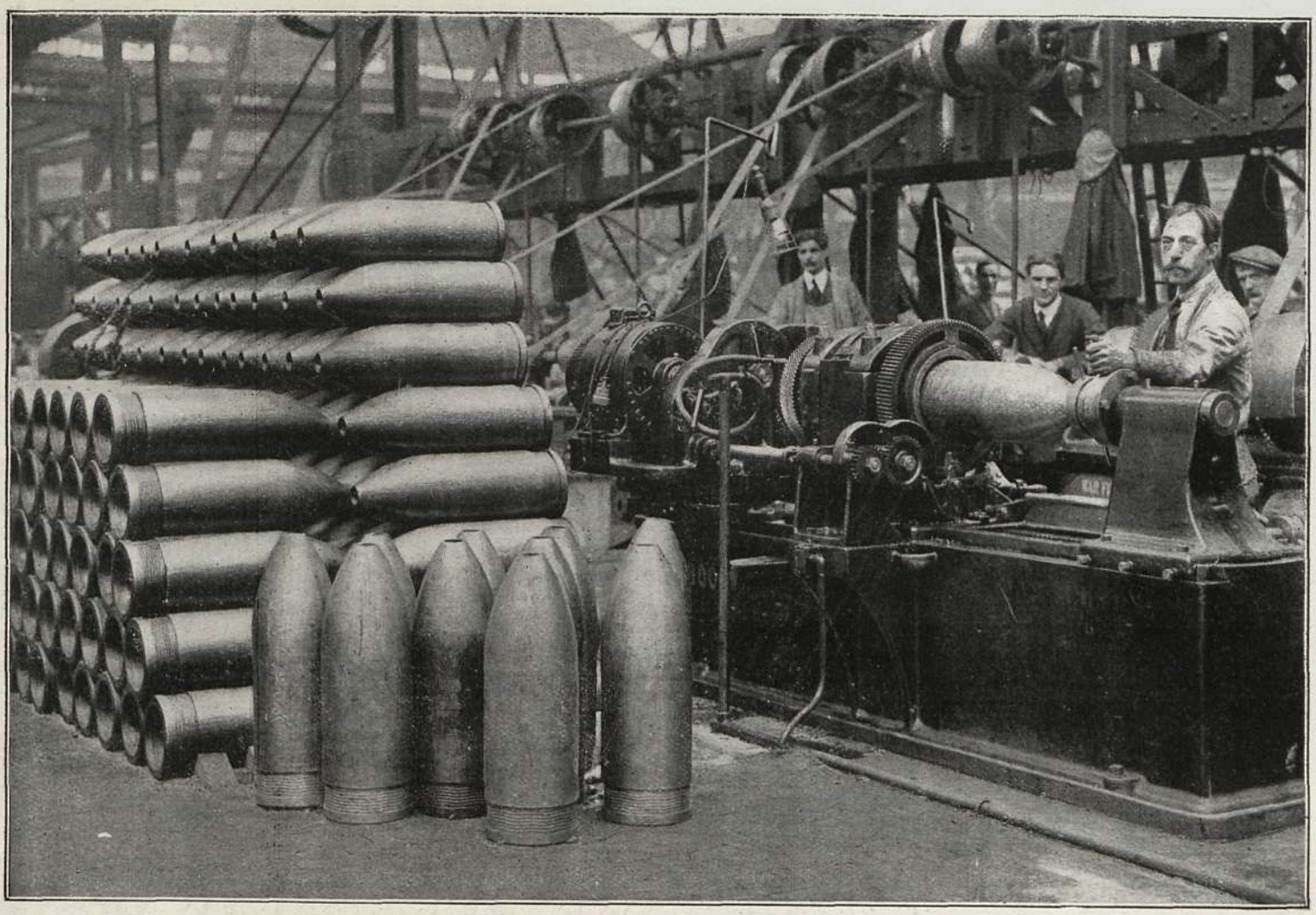
»Si el submarino no aparece en la superficie se arrojan bombas explosivas de enorme potencia, las cuales llegan hasta el fondo del mar, de manera análoga a como caen las bombas de los aeroplanos, y la destrucción del submarino es segura, aun cuando se encuentre a 50 metros del punto donde la explosión se produce.»

Sección de ingenieros americanos trabajando en una línea férrea de campaña del frente occidental
(Fot. Central News)



Proyectil de grueso calibre acabado de forjar y listo para pasar al torno *(Fot. José Sánchez)*

Vista de una de las grandes naves de una fábrica de municiones de Inglaterra *(Fot. José Sánchez)*



Sala de tornos de los grandes proyectiles de una fábrica de municiones de Inglaterra *(Fot. José Sánchez)*

Vista de una de las salas de la gran fábrica de municiones norteamericana, donde se construyen las torres blindadas de los grandes acorazados
(Fot. José Sánchez)

MAPA DE LA REGION DE CAMBRAI CON LAS DIVERSAS FASES DE LA BATALLA QUE EN ELLA SE DESARROLLA

Situación del día 20 de Noviembre de 1917 — Máximo avance inglés el 30 de Noviembre ●●●●●● Situación del día 10 de Diciembre, después de la contraofensiva alemana — — — —

OFICIALES INGLESES INSPECCIONANDO LAS PIEZAS DE ARTILLERÍA COGIDAS A LOS ALEMANES EN LA MEMORABLE BATALLA DE VIMY

(Fot. Central News)

LA MÁSCARA HA CAÍDO

Para comprender exactamente lo que Alemania desea de la ofensiva organizada por su Estado Mayor contra Italia, bastan dos artículos de la oficiosa *Gaceta de Colonia*. En el primero de ellos, titulado *Rendición de cuentas*, enumera los beneficios que Italia obtuvo de su alianza con los Imperios centrales y de «su protección». El artículo habla nuevamente de la «traición» de Italia, que la perpetró movida de su afán de rapiña. Habla de Italia como de un delincuente, y deduce de todo lo dicho esta conclusión, que revela por completo el estado de ánimo y el plan político y militar de Alemania. «Puños y granadas alemanas caen sin descanso para vengar la ofensa inferida; guerreros alemanes y austro-húngaros castigan al descarado ratero a fin de que jamás se le ocurra alargar la mano

»—Leeremos—respondí—; todo anda a pedir de boca. ¡Buena paliza les damos a los italianos!

»—¡Me alegro! Esos canallas tienen la culpa de todo.

»—¿Qué dice?—pregunté—. ¿Por qué dice que tienen la culpa?

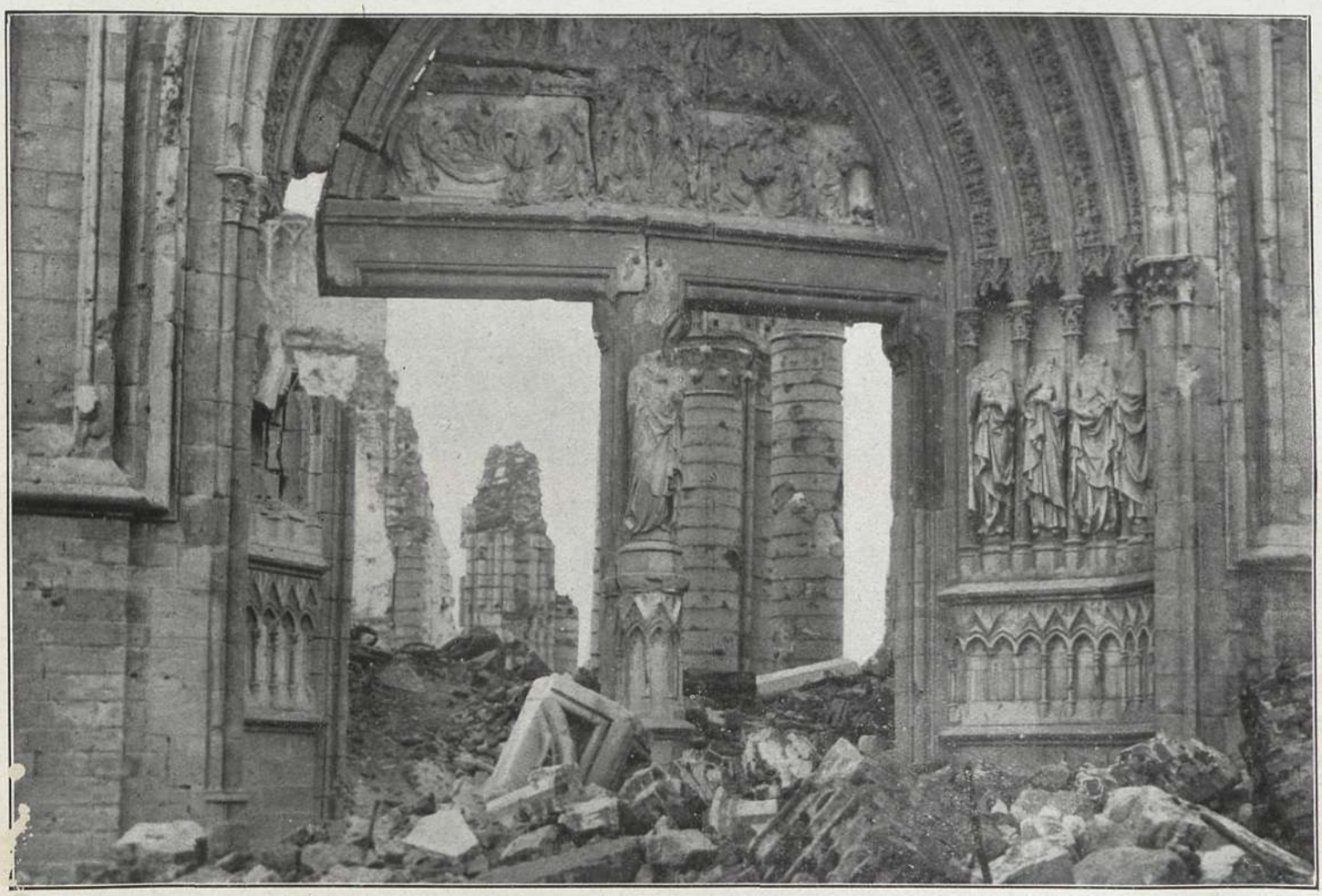
»—Sin duda. De no haberse mostrado reacios en 1914 ya habríamos ganado la partida en Francia y a estas horas la guerra habría terminado. Desde el principio debimos castigar a Italia como lo hacemos ahora.

»—Entonces no podíamos; nos lo impedían los rusos.

»—Más vale tarde que nunca. El caso es que los otros no acudan en su ayuda.

»—No me parece fácil—repliqué—. Y además, las largas distancias impiden un socorro pronto.

»Y le tranquilicé acerca de este punto que parecía preocuparle. Le expuse que era imposible que Italia pudiese



Ruinas de la catedral de Yprés.—Puerta del sur *(Fot. Central News)*

cia lo que pertenece a otros pueblos. Hoy en todos los ncones de la tierra alemana reina la alegría al ver como hunde el castillo de cartas italiano. Italia hubiera debido enseñar a leer y escribir a su pueblo para llevarlo, gracias a la cultura y al trabajo, a mayor bienestar, en vez de practicar una política vacua, en mala compañía y con medios indignos. Nuestro camino hacia la paz atraviesa hoy un punto indispensable: el de castigar al enemigo italiano.»

Al día siguiente—31 de Octubre—inserta otro artículo, que titula: «Nuestro pueblo e Italia», y de él traducimos textualmente: «Nuestro pueblo no mide por el mismo rasero a la cuadrilla que se propone salvar la civilización estrangulado a una gran potencia.

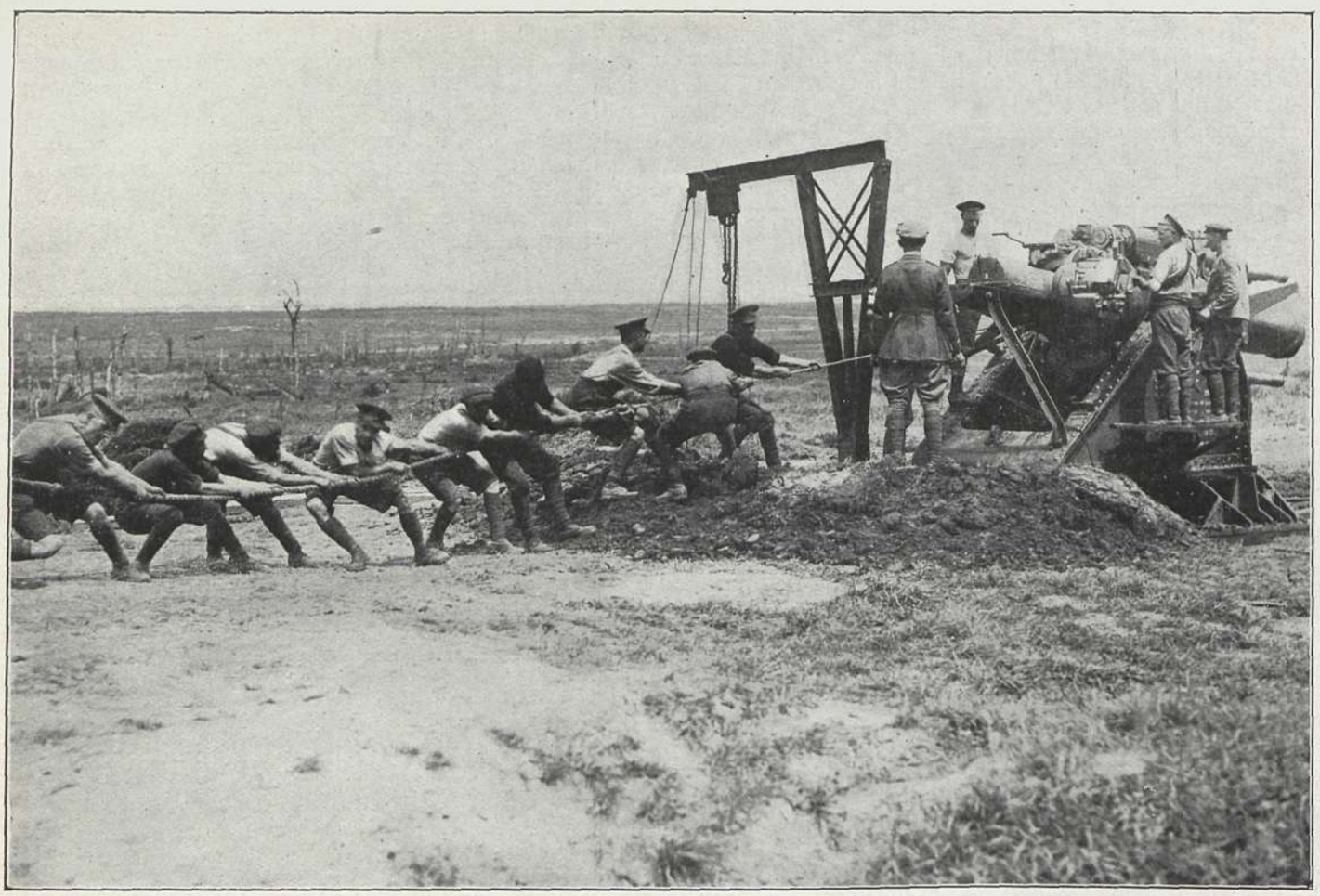
He aquí un boceto que refleja con claridad la situación del día. Estaba en la estación cuando se me acercó un mozo de cuerda.

»—¿Hay algo de nuevo?—me preguntó.

»Le enseñé el periódico.

evitar la expiación merecida. Nuestro pueblo es honrado, altivo, inaccesible a los artificios diplomáticos. Quizá algo tardo; pero inmutable en sus afectos y en sus odios. Sus sentimientos hacia Italia difieren de los que nutre por sus otros adversarios. Comprendemos el deseo de desquite de Francia, el rencor de Rusia, hasta podemos excusar la mezquina y maléfica envidia de Inglaterra; pero no la conducta de Italia.»

Habla luego la *Koelniche Zeitung* de la «traición» y afirma que el pueblo alemán considera la derrota militar de Italia como un castigo merecido, como un juicio de Dios que responde al sentimiento popular. Y termina diciendo: «Una victoria italiana sería un bofetón moral para cuantos imaginan que hay algo bueno en la naturaleza humana; sería la justificación del fango moral que los aliados han difundido por todo el mundo. La catástrofe de Italia será una satisfacción para todos, así para aquellos que abiertamente lo confiesan como para los que en secreto lo piensan.»



Artilleros canadienses cargando un cañón de quince pulgadas *(Fot. Central News)*

LAS FUERZAS DE ALEMANIA

Declinan rápidamente. Aun cuando desconocemos sus elementos e ignoramos a qué causa se deben los efectos que saltan a la vista, se puede decir sin temor a equivocarse que dimanan de dos hechos principales: del agotamiento progresivo del número de soldados útiles para las fatigas de la guerra y del descorazonamiento engendrado por la duración de la lucha y por el progresivo aumento de las privaciones que la guerra impone.

Afirman los críticos militares que aun le quedan a Alemania fuertes reservas capaces de realizar un gran esfuerzo en un momento dado. Dicen los periódicos alemanes que durante muchos años—suponiendo que la guerra durara—el Imperio estará en condiciones de hacer frente al enemigo y que no se agotarán sus recursos económicos; pero los hechos demuestran lo contrario y la lógica y la experiencia hacen creer que lo que pudiera tomarse por una debilidad momentánea es señal inequívoca de una postración definitiva.

Por medio de las palabras se explica todo en este mundo; pero no hay palabra que prevalezca contra los hechos. Toda la dialéctica de un gran embaucador no evitará que se derrumbe un edificio que amenaza ruina, que muera un hombre a quien la naturaleza condenó a morir. Todas las explicaciones de los periódicos no harán que las líneas alemanas dejen de retroceder lentamente en el frente francés y que la ofensiva emprendida contra Italia haya tenido que detenerse durante un par de semanas por falta de recursos abundantes. A pesar de que los contingentes austro-alemanes fueron reforzados por los que se pudo retirar de Rusia, en mitad de la ofensiva perdieron el resuello y se inmovilizaron para reponer las fuerzas que les faltaban.

Las cincuenta o sesenta divisiones que vinieron del frente ruso han servido para la ofensiva italiana y para la reacción de Cambrai. El resultado no ha sido notable; fuera insignificante de no haber ocurrido lo que preparó el oro alemán: la defección de unas divisiones italianas junto al Isonzo.

Cuando se habla de las bajas que han tenido los alemanes y los austriacos—lo propio que los ejércitos aliados—sólo se cita los muertos, heridos y prisioneros que cayeron en los campos de batalla. Se olvida que las enfermedades han producido tantas bajas como los combates, quizá más. Téngase en cuenta que Alemania ha hecho un esfuerzo supremo; que ha llevado a filas los hombres de dieciocho a cincuenta y dos años; que no sólo ha dado por útiles para el servicio los que lo eran realmente por su fuerza y su resistencia, sino también a los débiles, enclenques y enfermizos. Decían los jefes que encuadrados estos hombres por otros más robustos y sostenidos por la energía moral que les impulsaba a morir por la patria, cumplirían con su deber lo mismo que los jóvenes y fuertes. Sin duda alguna. Los alemanes han dado en esta guerra pruebas evidentes de una energía admirable. Pero la fatiga produce efectos desastrosos en los organismos débiles, y una tercera parte cuando menos de los hombres de treinta y cinco a cincuenta y dos años han sucumbido a ellos. Y no pocos de los de dieciocho a veintiuno. Las enfermedades producidas por la tensión nerviosa, por la estancia continuada en las trincheras, por una alimentación anormal, mermaron y merman los contingentes de los soldados más robustos. En suma, que si hasta ahora han tenido los alemanes «tres millones de bajas definitivas» por acciones de guerra, «han perdido igual número de combatientes por enfermedades». Tenía Alemania al principiar la guerra unos 65 millones de habitantes. ¿Qué pudo movilizar? ¿Diez millones? Pues sólo le quedan la mitad de los soldados con que principió la guerra. Está, pues, desangrada, como lo estaba Francia en 1815. Se mantiene en pie por un esfuerzo casi inconcebible de voluntad, y no solamente permanece erguida, sino que sostiene a Austria de-

rrotada cuatro veces y que ya no puede con sus heridas y con la pesadumbre de la guerra.

Pero ha pasado la época de los milagros. A pesar del cataclismo ruso, Alemania se debilita rápidamente y sus legiones no pueden ya arrollar a las contrarias. La ofensiva italiana parece condenada a un fracaso. Las tropas austro-alemanas se inmovilizarán en el Friul y Véneto hasta la primavera. Y para entonces habrá en el gran conflicto nuevos elementos de combate.

DOCUMENTOS HISTÓRICOS

PROCLAMA DEL REY VÍCTOR MANUEL

«¡Italianos! El enemigo, favorecido por el extraordinario concurso de las circunstancias, ha podido concentrar contra nosotros todos sus esfuerzos. Al ejército austriaco, que durante treinta meses de lucha heroica fué tantas veces afrontado y vencido por nuestro ejército, ha llegado la ayuda, hace tanto tiempo invocada y esperada, de las tropas alemanas, numerosas y aguerridas. Nuestra defensa ha tenido que replegarse, y hoy el enemigo invade y oprime esa gloriosa tierra veneciana, de donde había sido expulsado por la indomada virtud de nuestros padres y por el incoercible derecho de Italia. ¡Italianos! Desde que la nación proclamó su unidad y su independencia, nunca afrontó una prueba tan difícil. Pero como nunca, ni mi casa ni mi pueblo, fusionados hoy en un solo sentimiento, han desmayado ante el peligro, así ahora, con el alma viril e impávida, miramos la adversidad. De la misma necesidad, nosotros sacaremos una virtud para elevar los espíritus a la altura de los acontecimientos. Los ciudadanos a quienes la patria había ya pedido tantas renunciaciones y privaciones, responderán al nuevo y decisivo llamamiento con un ardor aun más ferviente de fe y de sacrificio. Los soldados que ya, en tantas batallas, se midieron con el actual invasor y le tomaron al asalto sus defensas y le hicieron huir de las poblaciones redimidas, llevarán de nuevo adelante las gloriosas banderas desgarradas al lado de nuestros aliados, solidarizados fraternalmente con nosotros.

»¡Italianos! Ciudadanos y soldados, sed un solo ejército. Toda cobardía es traición, toda discordia es traición, toda censura es traición. Que esta exclamación de mi fe inquebrantable en el destino de Italia repercuta en las trincheras y en el más lejano rincón de la patria y sea la exclamación del pueblo que combate y del pueblo que trabaja. Al enemigo, que cuenta más aún que con su victoria militar con la disolución de nuestros espíritus y nuestra incapacidad, respondámosle con una sola conciencia, con una sola voz: ¡Todos estamos dispuestos a dar todo por la victoria y el honor de Italia!

»Cuartel general, 10 de Noviembre de 1917.—*Víctor Manuel.—Orlando.—Sonnino.—Colosimo.—Sacchi.—Meda.—Nitti.—Alfieri.—Delbuono.—Dallolio.—Bissolati.—Berenino.—Dari.—Miliani.—Ciuffelli.—Fera.—Bianchi.*»

Mensaje del presidente Wilson al Congreso pidiendo que se declare la guerra a Austria-Hungría

He aquí el texto completo del Mensaje de Wilson, pronunciado en la apertura del 65 Congreso:

«Señores del Congreso: Han pasado ocho meses desde la última vez que tuve el honor de hablar ante vosotros. Han sido meses abundantes en acontecimientos de grave y considerable alcance. No voy a referirlos en detalle ni siquiera a resumirlos. Los detalles del papel que desempeñamos os serán expuestos en los informes de los diversos ministerios. Me contentaré con examinar nuestras perspectivas de la hora presente acerca de estas vastas cuestiones, nuestros deberes actuales y los medios inmediatos de realizar los fines a que debemos encaminarnos.

»No insistiré en la exposición de las causas de la guerra. Los abusos intolerables y premeditados contra nosotros por los dirigentes de Alemania se han hecho desde hace demasiado tiempo groseramente evidentes y odiosos a todo verdadero norteamericano para que haya necesidad de repetirlo. Pero os pediré que examinéis y escrutéis rigurosamente nuestros objetivos y las medidas con que contamos alcanzarlos, pues el objeto de nuestra reunión en este local es la discusión y nuestra acción debe encaminarse a fines definitivos.

»Nuestro objeto es, naturalmente, el de ganar la guerra y no desfalleceremos ni permitiremos que se nos desvíe de él hasta haberlo alcanzado. Pero hay que plantear la pregunta y contestar a ella: ¿Cuándo consideraremos ganada la guerra?

»Yo no dudo que el pueblo norteamericano sabe de lo que se trata en esta guerra y qué clase de resultados considerará como la realización del objetivo que se ha propuesto.

»Como nación estamos unidos en espíritu y en intención. No me pre-

Única línea de tranvía que une la ciudad de Bagdad con la antigua mezquita y Kadhimain
(Fot. Central News)

Grupo de «camaradas» alemanes recientemente capturados por los canadienses que luchan en el norte de Francia
(Fot. Central News)

ocupo mucho de los que se expresan de otro modo. Oigo la voz de los disidentes. ¿Quién no la oye? Oigo las críticas y los clamores. Veo también hombres que se niegan a sí mismos con deslealtad impotente contra el poder tranquilo e indomable de la nación. Oigo gentes que discuten sobre una paz que no comprenden, ni en cuanto a su naturaleza ni en cuanto al camino que debemos seguir para alcanzarla, con miras elevadas y espíritu firme. Pero ninguna de esas gentes habla en nombre de la nación. Esos hombres no influyen sobre nadie. Podemos dejarles tranquilamente con sus opiniones y olvidarlos.

»Pero, desde otro punto de vista, creo que es necesario decir claramente lo que nosotros, que ocupamos un puesto de acción, consideramos como objetivo de la guerra y qué papel queremos desempeñar en las negociaciones que han de poner término a la misma. Somos el portavoz del pueblo norteamericano y éste tiene derecho a saber si su objetivo es también el nuestro. El pueblo desea la paz por la derrota del mal, por la derrota definitiva de las fuerzas nefastas que interrumpen la paz y la hacen imposible. Quiero saber la intimidad que hay entre nuestro pensamiento y el pensamiento del pueblo y qué acción nos proponemos ejercitar.

»Sentimos la impaciencia lo mismo que aquéllos que desean la paz por cualquier clase de compromiso; pero éstos sentirán nuestra misma impaciencia si les decimos claramente cuáles son nuestros objetivos y qué es lo que nos proponemos al intentar conseguir la paz por la fuerza de las armas.

»Puedo hablar en su nombre cuando digo que esta horrible cosa de la cual los directores de Alemania nos enseñaron el aspecto trágico, que esta amenaza de intriga y de fuerza combinadas que vemos ahora claramente constituye el poder germánico; cosa sin conciencia ni honor, no es capaz de una paz formal y debe, por lo tanto, ser abatida. Si no la aniquilamos por completo, al menos debe ser excluída de las reuniones amistosas entre naciones. Cuando esta cosa y esta potencia sean finalmente abatidas, llegará el tiempo en que podremos hablar de paz, cuando los intérpretes de Alemania estén dispuestos, en nombre de su pueblo, a aceptar el juicio común de las naciones, respecto a lo que deberá constituir las bases de la ley y del contrato para la vida del mundo. Estaremos satisfechos de pagar el precio que sea preciso para obtener la paz y la pagaremos sin regatear. Sabemos en qué consistirá este precio: será la justicia completa e imparcial, la justicia en todos los casos, para cada nación; el reglamento final, tanto a nuestros enemigos como a nuestros amigos.

»Escuchad conmigo las voces de la humanidad que flotan en el aire. Ellas son de cada día más potentes, más claras, más persuasivas; nacen del corazón de todos los hombres. Piden con insistencia que la guerra termine sin venganzas, que ninguna nación o pueblo sea castigado, porque los soberanos irresponsables cometieron ellos solos el daño profundo y abominable.

»Este mismo pensamiento fué expresado en la fórmula, «sin anexiones, »ni indemnizaciones».

(Continuará)

HECHOS CULMINANTES

27 de Noviembre. — *Los alemanes contraatacan en el bosque de Bourlón y son rechazados.*

El «gobierno anarquista» de Rusia advierte a las potencias aliadas que si ellas no quieren hacer la paz, la pactará él por separado.

28 de Noviembre. — *En el este africano las tropas inglesas derrotan a las alemanas y les hacen numerosos prisioneros.*

30 de Noviembre. — *El generalísimo ruso — el alférez Krilenko — ordena que cesen las hostilidades en todo el frente.*

1.° de Diciembre. — *En un violento ataque los alemanes recuperan, después de reñida batalla, algunas de las posiciones perdidas delante Cambrai y hacen bastantes prisioneros.*

2 de Diciembre. — *Continúa el combate en la región de Cambrai. Los alemanes obtienen ligeras ventajas.*

4 de Diciembre. — *El presidente Wilson propone en un Mensaje al Congreso declarar la guerra a Austria, y es aclamado con entusiasmo.*

6 de Diciembre. — *Reanudan los austro-alemanes su ofensiva en la región montañosa de Italia y obligan a retroceder en algunos puntos a los peninsulares.*

En el próximo número publicaremos el retrato del general Falkenhayn; el mapa de la meseta de "Sette Comuni", con el avance austro-alemán, el de Mesopotamia, con la situación de los ejércitos beligerantes, en colores, y retratos y grabados de actualidad en negro

HISTORIA DE LAS NACIONES

GRECIA

OBRA TRADUCIDA DEL INGLÉS POR GUILLERMO DE BOLADERES IBERN

POPULAR, CONCISA, PINTORESCA Y AUTORIZADA RELACIÓN DE CADA UNA DE LAS NACIONES DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS HASTA NUESTROS DIAS

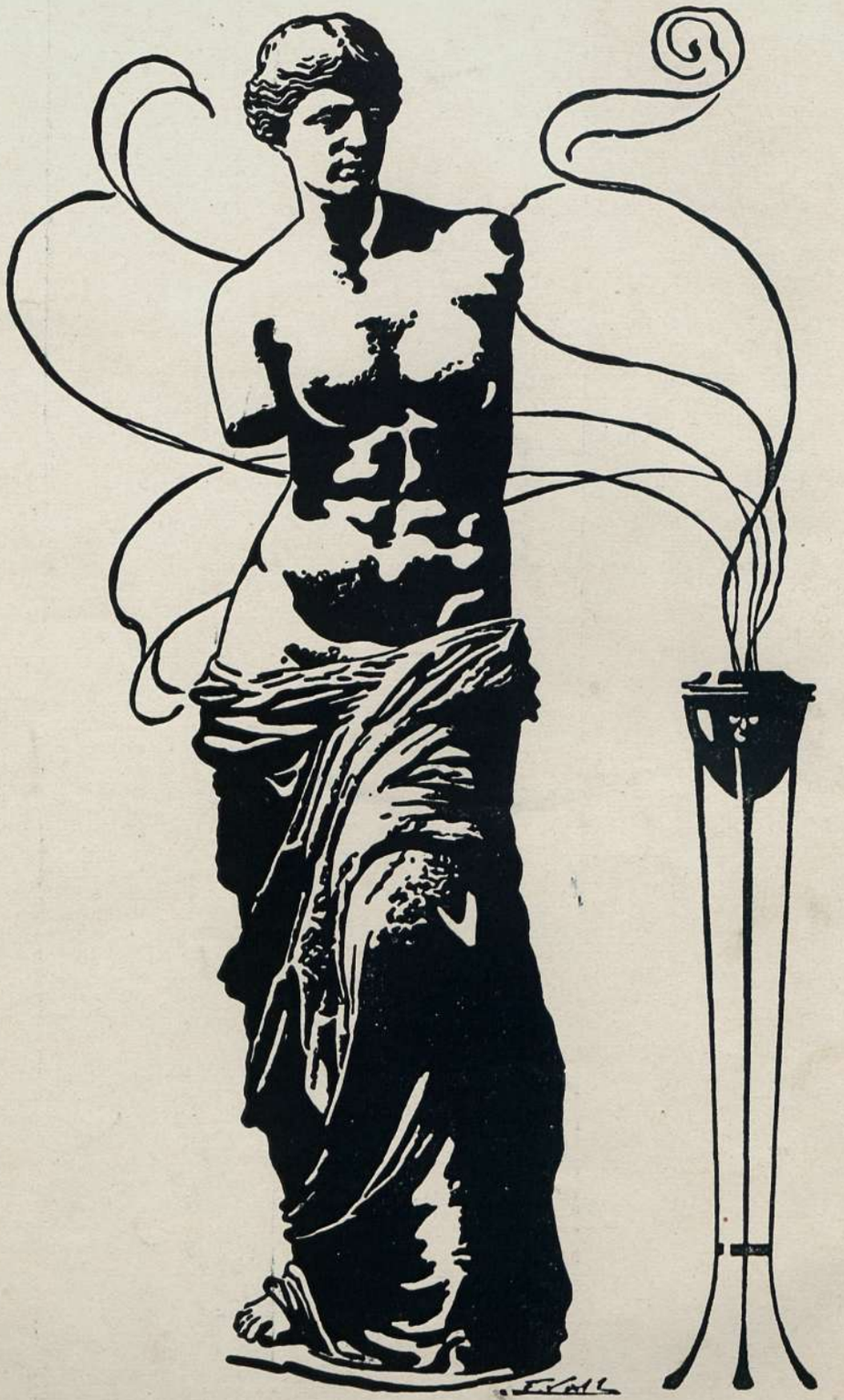
130 MAGNIFICOS CUADROS EN COLOR

2,000 DIBUJOS Y CUADROS EN NEGRO

CONTIENE LOS MAS FAMOSOS CUADROS HISTÓRICOS DE ARTISTAS DE TODAS LAS NACIONES

PUBLICACIÓN PERIÓDICA SEMANAL

M. SEGUÍ EDITOR



PÍDASE TAN INTERESANTE OBRA EN TODOS LOS KIOSCOS Y LIBRERÍAS